

Y con sólo cruzar la calle, me encontré en el Retiro. En el Retiro, siendo yo muy niño y de un modo pueril, trabé amistad con un anciano ilustre: con don Francisco Pí y Margall, ex-presidente de la primera República española, respetable, austero, soñador de la política, filósofo, jurista. Vivía en la calle del Conde de Aranda, esquina o casi esquina a la de Lagasca, en una casa que tenía el portal decorado con pinturas que parecían frescos. Iba todas las tardes de paseo al Retiro con su corta levitita negra, con su chisterómetro muy de! ochocientos; con sus barbas blancas de duende-cillo; con sus ojos transparentes, claros, límpidos, como caramelos. Se sentaba en un banco del Paseo Ancho, le rodeábamos la chiquillería y nos contaba cuentos con una vocecilla lenta y melosa...

RAFAEL GONZALEZ CASTELL.

En la muerte de mi Madre

Andaba errante acá en la tierra,
siempre fijos sus ojos en el cielo,
porque era un ángel en carne humanado,
toda alma; no era cuerpo.

Era de hierro su temple castellano,
era dulce su mirar pasajero,
idealidad su vida en la altura,
tristeza su vida en el suelo.

Era madre y era santa;
las gentes lo dijeron.

(Fué mártir de amor peregrina;
ya duerme la paz de los muertos.)

Yo la miro acongojado en las estrellas,
donde sueña con los buenos,
mirando sonriente a este barro
que guarda tiritados sus recuerdos.

VENTURA LEONARDO



Voces y expresiones viciosas

Póstumo, póstuma

ACABABA de publicar un libro el autor de estos renglones y entre las naturales enhorabuenas que suelen re-

cibirse en tales casos, recibió una concebida en los siguientes términos:

—He leído estos días su obra *póstuma* y le felicito.

Como con grande ansiedad me palpase el cuerpo al oírle hablar así, y palideciese y sobresaltárame, inquirió mi amable acompañante:

—¿Qué le sucede a Vd.?

—Lo peor que podía haberme sucedido: creer que estaba vivo y estar muerto. Pero afortunadamente el susto pasó ya. Estoy vivo y bien vivo, gracias a Dios. Me ha matado Vd. de mentirijillas.

—¿Yo? Explíquese.

—Es muy sencillo. Para que Vd. hubiese leído, como acaba de afirmar, mi obra *póstuma*, habría sido necesario que yo me hubiera muerto antes de publicarse, porque los libros póstumos, son los que aparecen después de muerto el autor.

No agradó mi inofensiva broma a mi acompañante, que era algo redicho y pedantuelo, mas nada me replicó.

El dislate está muy generalizado. Abundan los testimonios en los libros, los periódicos, las conversaciones.

Los que estudian Derecho saben que hijo póstumo es el nacido después de haber muerto el padre.

La fama, la verdadera fama, la que no depende de las convenciones sociales, del contacto de codos, del empújame a mí que ya te empujé yo a ti, de la adulación, de los privilegios mundanos, es fama póstuma.

El mejor homenaje que se rinde a una persona es el póstumo, porque ya nada puede recibirse de ella y por consiguiente es más noble y hermoso, por desinteresado.

Pero ni es hijo *póstumo* el que nace el último, ni homenaje *póstumo* el postrero rendido a una persona en vida, ni libro *póstumo* el últimamente aparecido.

Quienes escriben o hablan así desconocen u olvidan que *póstumo* viene de *post*, después y *humus*, la tierra y equivale a después de enterrado o inhumado.

Confundir póstumo con postrero es lo mismo que llamar *genuflexión* — de *genu*, la rodilla — a las reverencias que hacemos al doblarnos sobre la cintura.